

“INTER FIDEM ET SPECIEM”: DOS CONSIDERACIONES SOBRE EL ESTATUTO CIENTIFICO DE LA TEOLOGIA

JEROME HAMER

El centenario de la gran encíclica de León XIII, *Aeterni Patris* —que desencadenó un gran movimiento en la Iglesia Católica para conectar de nuevo con la *philosophia perennis* y la auténtica teología—, invita a retomar hoy las grandes cuestiones allí abordadas, sobre todo las relacionadas con la naturaleza y el método de la teología. Debiendo limitarme necesariamente a algunos aspectos concretos —de otros se ocuparán otros colaboradores del presente fascículo— yo querría centrar mi reflexión sobre dos puntos concretos, que me parecen de especial importancia en estos momentos: 1) La Teología, ¿debe ser hoy contemplativa?; 2) ¿qué servicio pueden prestar las ciencias humanas a la Teología?

La Encíclica este año centenaria, al dirigir la mirada hacia la *sabiduría de Santo Tomás de Aquino*, estaba sin duda llamando la atención de los estudiosos sobre el carácter contemplativo de la Teología. Por otro lado, otra de las grandes tesis de la *Aeterni Patris*, siguiendo también al Doctor Común, es la armonía y fraternidad de todas las ciencias, desde las que se ocupan de los fenómenos materiales hasta la filosofía y la teología, que se preguntan por las últimas causas: todas ellas deben prestarse mutuos servicios en amigable conspiración hacia la verdad.

Al examinar, brevemente, las dos cuestiones propuestas, podremos comprobar cómo hoy permanece válida la dirección que, con toda clarividencia, señalaba aquel gran documento del Magisterio eclesialístico.

I. LA TEOLOGÍA HOY, ¿DEBE SER CONTEMPLATIVA?

Si es exacta la cronología de F. S. Schmitt, quizá el año pasado celebramos el noveno centenario del *Proslogion* de San Anselmo¹. Como es sabido, esta obra, junto a otra que es su prosecución, fue publicada por San Anselmo con el título *Fides quaerens intellectum* (la Fe en búsqueda de la inteligencia). A decir verdad, la expresión tuvo un gran éxito y ha sido empleada por la mayor parte de los teólogos.

Sin embargo, yo me pregunto si este acuerdo tan unánime respecto a una fórmula no disimula posturas muy diversas, algunas de las cuales distan mucho de estar en armonía con el pensamiento de San Anselmo. Para el monje de Bec, no se trata de una inteligibilidad cualquiera del dato revelado, sino de una percepción intelectual que se sitúa *inter fidem et speciem* (entre la fe y la visión beatífica). Vale la pena tener presente lo atrevido del enunciado y la orientación contemplativa que da a todo el esfuerzo teológico.

Pero releamos esta expresión en su propio contexto. Se encuentra en la carta de Anselmo al Papa Urbano II (1098): «Puesto que yo concibo la inteligencia de la cual gozamos en esta vida como un término medio entre la fe (*fidem*) y la visión beatífica (*speciem*), me parece que cuanto más se progresa en esta inteligencia, más nos acercamos a la visión beatífica a la que todos aspiramos»². Así, pues, la búsqueda racional del teólogo no sólo se sitúa *inter fidem et speciem* sino que ella misma es movimiento hacia la visión beatífica.

La cuestión, en este momento, se nos impone: ¿seguimos convencidos de que esta orientación es considerada todavía como una necesidad actual? Y, sin embargo, corresponde ciertamente a la naturaleza misma de la teología que es la ciencia de la Revelación.

La Revelación, misterio primordial que nos comunica todos los demás, manifestación del designio de salvación concebido por Dios desde toda la eternidad y realizado en Jesucristo, es un acontecimiento, una iniciativa divina, un acto libre y soberano con el que el hombre por sí mismo no puede contar y que no puede prever.

1. Cfr. la introducción sobre San Anselmo, su tiempo y su obra, hecha por R. Roques a su excelente edición del *Cur Deus homo* (Anselmo de Canterbury, *Pourquoi Dieu s'est fait homme*, Sources Chrétiennes, 91), París 1963. La cronología se encuentra en las páginas 43-44.

2. Puede encontrarse la carta a Urbano II en el volumen mencionado, p. 194-197 (PL, 158, p. 261 A).

Esta intervención de Dios tiene un carácter nuevo e imprevisto que va más allá de la espera de los hombres.

Si esto es así, el teólogo ¿no deberá tener siempre fija su mirada en este desvelamiento del misterio de Dios que constituye la Revelación, en esta «automanifestación de Dios en una confianza de amor»? ³. Esta mirada, ¿no es la mirada misma de la contemplación, en la cual inteligencia y adoración son inseparables?

Aquí interviene la mediación del Magisterio, al que pertenece la comunicación del dato revelado a la comunidad creyente, y que debe garantizar su autenticidad, así como protegerlo contra toda contaminación. Sin esta intervención de la autoridad docente de la Iglesia —que no es otra que la predicación fiel e ininterrumpida del Evangelio de Cristo—, una teología contemplativa, una teología que tenga la ambición de situarse *inter fidem et speciem* sería inconcebible.

A esta orientación contemplativa de la teología se oponen hoy corrientes divergentes de opinión. Quisiera citar dos:

- Algunos ensayos antropológicos que confieren al hombre un papel que no es el suyo dentro del designio de Dios creador y redentor;
- Algunas teorías y programas que, dentro del mensaje cristiano, dan la primacía al compromiso social y político.

Primera corriente de pensamiento: dar al hombre un papel que no es el suyo en el designio de Dios.

1. Al abordar la primera corriente de pensamiento, me interesa subrayar el adjetivo «algunas», pues lo que compromete la verdadera marcha de la teología, no es el interés por el hombre, sino una cierta falta de medida, un exceso que hace del hombre un ídolo, una suerte de pseudo-absoluto, siendo así que toda su dignidad consiste en el lugar a la vez eminente y relativo que ocupa en el misterio de la creación y de la redención.

El interés por el hombre es indispensable a la teología:

a) Es por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, por lo que el Verbo se ha hecho carne. La salvación de los hombres no es un efecto secundario, un «sub-producto» de un plan divino más vasto y ambicioso. Esta cuestión ha sido causa de muchas especulaciones para los teólogos. Se han aventurado las tesis más diver-

3. R. LATOURELLE, *Théologie de la Révélation*, 3.^a ed., Paris 1969, pp. 9-10.

sas, pero al final se acaba por volver al dato esencial de la Revelación. El Hijo del Hombre ha venido para buscar y salvar lo que está perdido (Cfr. Lc 19, 10). El hombre es así el beneficiario de la Encarnación. Yo me pregunto si se ha reflexionado bastante sobre esta afirmación esencial de nuestra fe.

b) La persona humana, por su misma naturaleza, no es un ser cerrado, encerrado en su propio universo, sino por el contrario es un ser abierto a todo lo que existe; su inteligencia y su voluntad están hechas para lo verdadero y para el bien sin límites. De esta suerte, el misterio de Dios infinito (con su plan de salvación) corresponde a esta receptividad que el Creador ha conferido a su creatura humana. Esta aptitud, ciertamente, no es una exigencia, pues el hombre no puede hacer valer ningún derecho; pero sigue siendo una capacidad. Y ello es tan cierto que cuando Dios realiza su plan de salvar a los hombres en Jesucristo, haciéndoles participar en los bienes divinos que sobrepasan toda penetración humana del Espíritu (Cfr. DV, 6), no destruye la naturaleza humana, como, en cambio, se derriba un inmueble pequeño y viejo, para levantar otro más grande y moderno; tampoco añade algún suplemento, así como se aumentan los pisos de una casa que ya existe, construyendo nuevas plantas. No; con la obra de salvación y con la comunicación de Sí mismo, Dios lleva al hombre a plenitud. Y sólo Dios es capaz de hacerlo.

Cuando hablamos de corrientes de pensamiento que alejan al pensador cristiano de su tarea contemplativa no queremos aludir a aquellos autores que manifiestan un interés por el hombre tal como éste aparece en el misterio de la creación y de la redención, sino a aquellos otros que aíslan al hombre, lo encierran en sí mismo, y le confieren una especie de autosuficiencia. Para estas corrientes de pensamiento, que pueden diferir entre ellas mismas, el hombre no ocupa ya su lugar dentro del designio de salvación, sino que se constituye en juez de ese designio; no es ya un ser que acepta dócilmente la Revelación que se le comunica y que la pone por obra, sino que llega a ser el criterio y la medida de esa Revelación.

De esta opción antropológica, existen diversas formas en la historia. Para Spinoza (1632-1677), que habla en nombre de la racionalidad del hombre, el contenido de la religión «revelada» es racional, pero su forma es absolutamente irracional. Esta expone sencillamente, de manera simbólica y según un modo adaptado a la

mentalidad popular, las verdades filosóficas sobre Dios y sobre el hombre, cuyo contenido es en definitiva de carácter moral y práctico.

Para la corriente modernista de principios de este siglo, es la interioridad humana la que es determinante. Todo el Cristianismo es examinado de nuevo según este criterio exclusivo. Tanto entre los protestantes liberales como entre los modernistas católicos, lo que se encuentra es la preocupación por desvincular el conocimiento religioso de toda relación con la razón especulativa. Para Auguste Sabatier, el cristiano no puede aceptar como verdadero más que aquello que él siente como verdadero. Para Alfred Loisy, la Biblia no es sino el producto de las experiencias vividas por los creyentes del Antiguo Testamento y por los primeros cristianos, y la Iglesia no tiene otro papel que el de expresar estas experiencias individuales.

La mentalidad del hombre de hoy, tal como la concibe Rudolf Bultmann, es el criterio antropológico con el que trabaja el célebre exégeta protestante, muerto hace tres años. Los temas bíblicos de la preexistencia de Cristo, la encarnación, la muerte redentora, la resurrección de Jesús, su ascensión y su vuelta al fin de los tiempos, forman parte de una visión del mundo que es absolutamente inaceptable para el hombre moderno, al que le resulta imposible, por un solo acto de la voluntad, aceptar una concepción ya superada del conjunto de lo real.

Según la teología católica —como ya hemos dicho—, es por la mediación de la Iglesia como el hombre entra en contacto con la Revelación en cuanto acto soberano y libre de Dios. Desde ese momento, allí donde la referencia al Magisterio disminuye o está ausente, la argumentación antropológica, sea cual fuere su origen, domina preponderante, invasora, irresistible. Las consecuencias de ello se manifiestan inmediatamente en la teología de Cristo, de la justificación y de la gracia, en la ética cristiana, en la catequesis, en la espiritualidad, en la liturgia, en los métodos de apostolado...

Para concluir nuestras reflexiones sobre este punto, podríamos quizás decir que allí donde la consideración antropológica prevalece sobre la primacía de la Revelación, asistimos a una curiosa inversión: el hombre no se considera ya a imagen de Dios, sino que es Dios quien es concebido a imagen del hombre. Nos encontramos así en presencia de una nueva forma paradójica de antropomorfismo.

*Segunda corriente de pensamiento:
Dar prioridad al compromiso social y político.*

2. La segunda corriente de pensamiento anticontemplativo, cuyo eje es la preeminencia de la acción, no es en el fondo más que una variante de aquella que acabamos de describir. Es una nueva forma de ceder frente a las exigencias de ciertos elementos ideológicos de la cultura contemporánea. Para esta corriente, la eficacia es lo primero: la teología se autofinalizará en la «praxis»; la primacía compete al compromiso activo, su interés principal se centra en el examen de las estructuras sociales y de las instituciones políticas, dejando en segundo plano los problemas de la moral privada. Se distinguirá claramente de la teología clásica, que tiene la desgracia, a sus ojos, de no tomar postura, ni de ser comprometida.

Es obvio que aquellos que promueven esta teología son los que deben justificar su postura y particularmente la «praxis», a la que remiten constantemente. ¿Hay que aceptar la «praxis» como un postulado, o ésta es susceptible de análisis, de críticas y eventualmente de una rectificación? ¿Es única? Si, por el contrario, se presenta bajo forma diversas y con diversas orientaciones, ¿cuál será el criterio que permitirá hacer una elección?

Si formulo estas preguntas es sólo para mostrar que estas teologías de la acción social y política se imponen una tarea imposible cuando privilegian el compromiso por encima del pensamiento. De esta forma terminan por ser presa fácil de las ideologías de moda, cuando no constituyen su emanación directa.

El error consiste en oponer contemplación y eficacia. Por mi parte, considero que no hay más eficacia que la que deriva de la contemplación. Nuestra visión de Dios nos permite llegar a conocer el designio de salvación realizado en Jesucristo. Este plan divino no es un simple enriquecimiento de la inteligencia, es acción. Dios que se encarna, la fundación de la Iglesia y su apostolado, el anuncio del Reino, ya misteriosamente presente, pero que recibirá de Dios su acabamiento en los últimos tiempos, todo eso es acción. Sin embargo, esta acción no se agota en ella misma. Nos lleva sin cesar hasta la contemplación: «Sabemos que seremos semejantes a El, puesto que le veremos tal como es» (1 Ioh 3, 2).

Ante el desvelarse del misterio de salvación, el cristiano no es un espectador, sino actor. Sabemos que conocemos a Dios si guardamos sus mandamientos. He aquí la piedra de toque de la auten-

ticidad según San Juan (1 Ioh 2, 3). Ya en los orígenes del cristianismo se vislumbraba el peligro de una evasión hacia las elucubraciones religiosas infundadas. De ahí la advertencia insistente: la fe debe informar toda la existencia. Esta advertencia es constitutiva del mensaje cristiano.

En el cuadro de una teología contemplativa, la exigencia principal que los teólogos de la «praxis» denuncian puede ser del todo legítima; la lucha contra las injusticias sociales y políticas no es algo extraño al designio de salvación. El cristiano no puede tolerar que el hombre esté sometido a situaciones incompatibles con su dignidad. Pero es solamente en este cuadro en donde el deber imperioso de socorrer a los hombres y de enderezar las instituciones encontrará su puesto exacto y su justificación señalando caminos que permitan no extraviarse.

II. ¿QUÉ SERVICIO PUEDEN PRESTAR A LA TEOLOGÍA LAS CIENCIAS HUMANAS?

Cuando la encíclica *Aeterni Patris* habla de «ciencias humanas», el Papa tiene en la mente, sobre todo, las ciencias naturales, especialmente las ciencias físicas. Cuando se habla hoy de ciencias humanas en su relación con la fe, en general se hace alusión a las disciplinas siguientes: la psicología (incluyendo el psicoanálisis), la sociología, la etnología y la ciencia de las religiones. Algunas de ellas no son solamente teóricas, sino a la vez prácticas, poseyendo a la vez rasgos de ciencia y de arte. En el pasado, estas disciplinas han constituido a menudo un sector de trabajo, usufructuado por pensadores extraños a la fe, de tal forma que algunas versiones de estas ciencias han sido incluídas en una visión atea del mundo y de la existencia. En los últimos decenios, estas ciencias se han desarrollado prodigiosamente y atraen la atención general mediante los medios de comunicación social.

Un primer pensamiento nos viene sugerido por la misma encíclica *Aeterni Patris*, cuyo centenario celebramos este año: «Hay que recibir con alegría y gratitud toda auténtica sabiduría y todo desarrollo científico, cualquiera que sea su origen»⁴. Pero, frente a estas disciplinas concretas, ¿cuál será la actitud del teólogo? Deberá ser, pienso, a la vez positiva y crítica.

4. LEÓN XIII, Enc. *Aeterni Patris*, en ASS 12 (1879) 114.

Será *positiva* porque estas disciplinas «ofrecen a la teología, cada una a su modo, una ayuda importante, para conocer mejor al hombre (...) y, al mismo tiempo, son un estímulo para determinar más perfectamente el sentido de verdades reveladas que se refieren al hombre»⁵. Todo lo que concierne al hombre interesa al teólogo, pues la ciencia de la Revelación, como la Revelación misma, es para el bien de los hombres.

Será *crítica* porque la teología no puede asumir más que los resultados verificados científicamente, teniendo en cuenta sin embargo el grado de certeza propio a cada uno de ellos. Pero hay que entender bien esto, porque cuando se habla de *crítica* no se hace en el sentido peyorativo, sino en el de examen riguroso de valor, de justa apreciación de cualidades. Examinemos cada punto por separado.

1) *Las ciencias humanas nos ayudan a conocer mejor al hombre.*

Con esto no se quiere decir sin más que ellas constituyen, por sí mismas, un conocimiento de la naturaleza humana. En efecto, esas ciencias son todas ciencias basadas en la observación, que estudian al hombre en un contexto determinado y limitado. Son, pues, propiamente hablando, ciencias del *comportamiento* humano. Para servir al conocimiento de la *naturaleza* humana, tienen necesidad de la mediación de la filosofía que, sola, permite desvelar los valores permanentes a los ojos de la razón.

2) *Las ciencias humanas son un estímulo.* Es una expresión oportuna, pues pone bien en evidencia el tipo de relación que debe establecerse entre esas disciplinas y la teología. Se trata en efecto de campos muy distintos y de objetos diferentes que poseen en consecuencia, métodos propios. Las relaciones serán aquellas del diálogo. La teología dejará que las ciencias humanas le dirijan preguntas pero dará sus respuestas a la luz de la palabra de Dios. Este interrogatorio será muy provechoso, pues llevará a la teología a reaccionar de manera autónoma y a considerar nuevos aspectos del problema humano, proyectando luz sobre nuevas virtualidades del misterio de salvación.

3) *Estas ciencias exigen un examen crítico cuidadoso.* En primer lugar porque constituyen un dominio en el que los presupuestos filosóficos, y en general las condiciones socio-culturales, juegan

5. S. C. PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La formation théologique des futurs prêtres*, Roma 1976, p. 24.

un papel importante. Luego, porque ciertos especialistas en estas materias tienen tendencia a olvidar las fronteras de su propia disciplina y a generalizar con demasiada facilidad sus conclusiones, perdiendo de vista las demás ciencias que se ocupan del hombre. El sociólogo, para el que toda la realidad es sociología, y el psicólogo, para el cual todo se explica por el psicoanálisis, no son casos raros. Por último, porque estas ciencias humanas, aunque estén en pleno desarrollo, están también en plena fase de investigación; sus conclusiones, como es lógico, se resienten de ello. Son a menudo los sociólogos mismos quienes ponen en guardia a los teólogos contra un capricho que no está justificado.

¿Qué hacer? La tarea es compleja. El teólogo ¿es capaz de afrontarla solo? ¿Deberá él a su vez hacerse sociólogo, psicólogo, etnólogo, historiador de religiones? No, claramente. Es aquí donde se impone ese diálogo recomendado por el Vaticano II: «Aquellos que se dedican a las ciencias teológicas en los seminarios y universidades, procuren colaborar con los hombres versados en otras ciencias, poniendo en común sus energías y sus puntos de vista» (GS, 62,7). Hay mucho que hacer para realizar esta colaboración.

Este diálogo es a la vez exigente y poco fácil. El Concilio nos lo recuerda: «Aunque la Iglesia haya contribuido largamente al progreso de la cultura, la experiencia muestra sin embargo que, por razones contingentes, no siempre la armonía entre la cultura y el cristianismo es fácil de realizar» (GS, 62,1).

Esto no es una invitación a la resignación o a las medias tintas. El convencimiento que nos viene de la fe nos dice que debemos buscar la superación de los desacuerdos con paciencia, es cierto, pero también con tenacidad. «Aunque la fe esté por encima de la razón, sin embargo ninguna verdadera disensión puede jamás darse entre la fe y la razón, como quiera que el mismo Dios, que revela los misterios e infunde la fe puso dentro del alma humana la luz de la razón y Dios no puede negarse a Sí mismo ni la verdad contradecir jamás a la verdad»⁶. Esta enseñanza del Concilio Vaticano I asegura al teólogo católico un dinamismo animado por una esperanza.

El tema de mi segunda pregunta eran las ciencias humanas. Sin embargo, hemos visto claramente que una justa consideración de estas disciplinas en sí mismas y del servicio que pueden prestar a

6. CONC. VATICANO I, Const. Dogm. «*Dei Filius*» de *fide catholica*, Cap. 4 (DS. 3017/1797).

la teología exige en todo momento una intervención de la filosofía. Tal es la paradoja de la situación actual. Estas ciencias humanas, que a los ojos de algunos parecen poder reemplazar a la filosofía, por su misma existencia y por el interés que suscitan remiten sin cesar a una reflexión propiamente filosófica. He aquí, pues, otro punto que exige ser tenido en cuenta.

Estas dos preguntas están profundamente implicadas en la lectura actual de la encíclica *Aeterni Patris*.

Summariu

"INTER FIDEM ET SPECIEM": CIRCA INDOLEM SCIENTIFICAM THEOLOGIAE DUO NOTANDA

Clarissimus auctor, cum de natura et methodo Theologiae pertractare velit, duas quaestiones aggreditur: an Theologia nostris etiam temporibus contemplativa scientia esse debeat, et quodnam adiutorii theologo praebeant scientiae sic dictae humanae. In Litt. autem Encyc. Leonis XIII aliqua his quaestionibus solutio inveniri posse videtur.

Ad priorem quod attinet quaestionem, recolere oportet iam S. Anselmum theologicam inquisitionem inter "fidem et speciem" posuisse. Ut magis accurate dicamus, rationalis theologorum investigatio non tantum "inter fidem et speciem" sistit, sed ipsa potius est quidam motus ad beatitudinem gloriae. Ipsa Theologiae natura id postulat, quippe quae circa revelata est scientia, videlicet revelatorum mysteriorum consideratio et contemplatio. Ex hoc etiam patet absoluta necessitas Magisterii Ecclesiae cuius est revelata communitati fidelium tradere mysteria.

Nostris tamen temporibus quaedam existunt theologorum factiones quae hanc proprietatem ad Theologiam pertinere negant. Factiones enim sunt indolis anthropologicae, hominem pseudo-absolutum facientes (ex. gr. "rationalismus" Spinozae, vel immanentismus modernistarum vel existentialismus Bullmanni etc.) et totum theologicum laborem subicere volentes iis tantum quae sunt hominis. Nemo quidem dubitat quin Theologia de rebus humanis diserte pertractare debeat, attamen firme quoque retinendum est sic dictum "mysterium" hominis tantum lumine Revelationis plene solvi posse, non autem e converso. Quinimmo nisi ita nos gerimus, in quandam anthropomorphiam opinionem ad Deum quod attinet necessarie incidimus.

Aliae autem factiones quae tantum accidentaliter a superioribus differunt, actioni prae cogitatione favent. Prior enim est efficacia, et principalis Theologiae scopus in rem tendere debet politicam et socialem concretam.

Earum error in eo consistit quod actionem necessario praeviam cogitationem sive theoriam exigere, atque omnem actionis efficaciam a praevia contemplatione provenire obliviscuntur. Si revera omnes iniustitiae socialis et politicae nobis removendae sunt, pariter certum est has iustas exigentias tantum in salutari Dei ordinatione locum suum proprium et explicationem invenire.

Ad alteram quod attinet quaestionem, auctor docet theologi actitudinem relate ad disciplinas et scientias positivas (psychologiam, sociologiam, ethnologiam,

religionum scientias, etc.) positivam etiam esse debere. Id est, theologus prae oculis habeat humanas scientias pervalidum praebere auxilium ad hominem intimius cognoscendum nobisque stimulum esse ut superiorem et ampliorem veritatem immo et criticam conquiramus; quia humanae scientiae philosophicis fundamentis vel particularibus vel etiam erroneis inniti possunt. Certa autem et perfecta solutio est aperte et sincere se gerere et loqui, quia sicut theologus uti potest scientiarum humanarum adinventionibus, ita scientiae illae indesinenter et necessario veram philosophicam speculationem et contemplationem postulant.

Summary

"INTER FIDEM ET SPECIEM": TWO CONSIDERATIONS ABOUT THE CIENTIFIC RULE OF THEOLOGY

The author wishes to examine the nature and the method of Theology and he poses two questions:

- 1. Should Theology today be contemplative?*
- 2. What benefits can the human sciences render to Theology?*

It appears, in fact, that the answer to these two questions can be found in the Encyclical of Leo XIII.

Concerning the first question, you have to take into account that St. Anselm has already placed theological investigation inter fidem et speciem. More precisely, the rational investigation of Theology in not only placed inter fidem et speciem, but also that it is the same movement towards beatific vision. This is something proper to the selfsame nature of Theology, which is a science of revelation, that is a contemplative look the revealed mysteries. Hence appears also the insubstitutable mission of the Magisterium, which deals with the communication of revealed facts to the believing community.

In fact, however, there are some theological groups which deny this property to Theology. They are undercurrents of the anthropological school which make man a pseudo-absolute (the rationalism of Spinoza, modernist immanenism, bultmanian existentialism) and they want to condition the whole of this theological task on a basis in the interest of man. It is certain, on the other hand, that the interest of man is indispensable for Theology, but the mystery of man can only be clarified in the light of Revelation and not the other way round. If you do not do it in this way, you fall into a curious anthropomorphism.

Other currents, which are no more than variants of the previous ones, plead in favour of action. Efficacy is the first and the principal interest of Theology and centres on a concrete political and social task. Their mistake consists of forgetting that the praxis requires a previous theory and that all the efficacy of action comes from previous contemplation. If it is right that we should remove the social and political injustices, it is also certain only in God's plan of salvation where these requirements find their exact place and justification.

Referring to the second question, the author is pointing out that the attitude of the theologian faced with positive scientific disciplines (psychology,

sociology, ethnology, science of religions, etc.) ought to be positive at the same time, that is to say he ought to take into account that human sciences help us to get to know man better, and are a stimulus for the search for a deeper, comprehensive and critical truth, because the human sciences can have some partial or equivocal philosophical presuppositions. The solution consists of an open and dialoguing attitude, so that the theologian can benefit from the contributions of the human sciences, and thus these very sciences can also necessarily and continuously ask for a philosophical and contemplative reflection properly.